

# HOJAS DE PAPALGUINDA

Por Antonio PEREIRA

LA crónica de sucesos periodísticos puede aportar, en lo que afecta a eso que suele llamarse moral y buenas costumbres, sugerencias turbadoras para el lector. Dice un despacho -por ejemplo- que la policía ha descubierto un alijo de fotografías procaces, o la requisita de 250 películas pornográficas, y algo del verdor de lo aprehendido parece teñir las columnas inocentes, aunque sólo sea un segundo, una milésima de segundo. Hace sólo unos días, los diarios informaban de un drama pasional, consumado en "el hotel galante más famoso de todo el país". Se afirma que cuenta con singular ornamentación erótica, y el despacho de la agencia Efe menciona incluso sus departamentos persa, árabe, "la jaula", "el sevillano" y "el pompador". No es descabellado suponer que algunos lectores se habrán estrujado la imaginación, alertada por esas denominaciones.

A propósito de la imaginación, importa mucho el lugar de los hechos, el nombre de los lugares. Un gran narrador hispanoamericano cuenta su emoción infantil al contemplar la inmensa llanura redonda y aquella cocina animada de la casa en que mateaban los hombres, Pero lo grande, verdaderamente, fue cuando le dijeron que aquello era la Pampa. Navegar por el Bósforo no es nada del otro jueves, hasta que alguien nos dice que vamos por el Bósforo.

El Hotel Valdivia, con sus insospechables habitaciones y suites, está erigido en la ciudad de Santiago de Chile, lo que anima mucho a nuestra fantasía. Recuerdo, en cambio, que semanas antes trajeron los periódicos la aventura de una joven secuestrada a media mañana en plena calle, todo un episodio novelesco con su contexto de trata de blancas, red de chicas de alterne y cuanto hace falta para interesar. Pues nada. Nada -estoy seguro-, porque el rapto ocurrió en Lugo, y los vehículos de la banda salieron huyendo... hacia Santiago de Compostela.

¡A quién se le ocurre!

HAY colaboradores de periódicos que siempre están recibiendo cartas de sus lectores. Yo creo que algunos se las inventan. Un poco más frecuentemente es que al escritor lo pare un convecino en la escalera, a veces para reprocharle -con gozo malévol- un desliz de tipo formal. Por ejemplo, que hablando de mercados de Benavides de Órbigo los sitúa en martes, cuando "como todo el mundo sabe", son los

jueves.

Ayer me encontré a una señora para quien lo mejor de mis fragmentos habituales en PROA es que son breves. ¿Era un elogio? ¿O una sutil reticencia de aviesa intención? Decidí tomarlo por el lado más favorable. El filósofo Alain, que escribió miles de artículos magistrales -por cierto casi siempre idénticos en extensión, la brevedad de un folio, recuerda en uno de ellos que todo acontecimiento tiene dos asas, y que es necio escoger para llevarlo el asa que nos lastima la mano.

Las citas son peligrosas, porque llaman a las citas. Rainiero (ejemplo de opinión aristocrática) le confía a Vilallonga en ese libro de entrevistas excelente, pero medianamente traducido, que se llama "Gold Gotha", su secreta ambición de ser escritor: "Pero encuentro que todo lo que se escribe es demasiado largo". Y Borges (ejemplo de opinión literaria) califica de desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros: el de explayar en quinientas páginas -recojo textualmente- una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Y va y lo demuestra. Coge a "Emma Zun", un argumento que a cualquier novelista le pondría los dientes largos para los 200 folios del concurso de turno... Y él, Borges, lo derrocha" en ocho o diez páginas.

Escribir, decía Goethe, es un abuso de la palabra. -Aquí llega, ¡por fin!, el momento de opinar el propio firmante. Opino: -Pues qué pensar de tantos escritores como abusan de ese abuso.